

EL BUHONERO

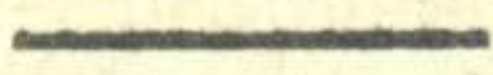
3

R. 421085

Traducida del francés

POR

D. J. E. R.



MURCIA.—1895

Tip. de Las Provincias de Levante

EL BUHONERO

Traducida del francés

POR

D. J. E. R.

MURCIA—1895

Tip. de las Provincias de Levante



EL BUHONERO

CAPITULO I.

El día 13 de Junio de 1793, un joven buhonero, que apenas contaría veinte años, atravesaba rápidamente uno de esos caminos hondos tan comunes en Bretaña.

Su rostro era inteligente y animado; sus cabellos negros, largos y brillantes.

Un gran sombrero de fieltro de inmensas alas, cubría su hermosa cabeza.

Los innumerables setos, que crecían á los dos lados del camino, entrelazaban sus verdes y frondosas ramas por encima de su cabeza, y formaban una bóveda natural, que atravesaba por intervalos un brillante rayo de sol.

Las amapolas y margaritas abrían sus cálices entre el musgo.

El aire llevaba en sus alas todo el perfume

de las flores del espino, y los pájaros que poblaban los árboles cantaban alegremente, saludando á la naturaleza, que ostentaba aquel día sus mas preciosas galas.

Sin duda el buhonero se aproximaba al término de su viaje, porque apresuraba el paso cuanto podia, y de vez en cuando asomaba á sus labios la sonrisa de la esperanza.

El camino que recorría desembocaba en una inmensa llanura, y á través de los campos y de las praderas, llegaba á un pequeño bosque, cuyas encinas se divisaban á bastante distancia.

Cuando el buhonero llegó á los primeros árboles de dicho bosque, se sentó tranquilamente sobre el césped, y sacó de su bolsillo una grande y repleta bolsa de cuero.

La vació en su sombrero, y se puso á contar los escudos que encerraba.

Satisfecho de poseer una suma bastante considerable, resultado de un provechoso viaje, se guardó la bolsa y el dinero, se levantó y emprendió su marcha de nuevo, con la alegría retratada en su semblante.

Recorrió así cerca de tres cuartos de legua, y llegó despues á una encrucijada, donde el camino se bifurcaba para tomar dos direcciones opuestas.

Tres encinas seculares prestaban su sombra á aquella encrucijada, y bajo estos árboles se elevaba una pequeña cruz de piedra medio rota y casi oculta bajo el musgo y el líquen.

Cuando el buhonero llegó delante de aquella cruz, se arrodilló, dejó en tierra su sombrero, sacó de su bolsillo un rosario de boj, de gruesas cuentas, y se puso á rezar devotamente.

Pero en medio de su oracion se le escapó el rosario de las manos, sus mejillas palidecieron, y sus miradas se fijaron en la cruz llenas de espanto.

Acababa de apercibir sobre el granito y el musgo, varias manchas de un moreno rojizo.

Aquellas manchas eran de sangre, y de sangre recientemente vertida.

De donde provenia aquella sangre?

Qué habia sucedido?

De qué horrible drama habia sido teatro la encrucijada de las Tres-Encinas?...

Hé aquí lo que el buhonero no podia adivinar.

Ya iba á alejarse sumamente conmovido y preocupado por lo que acababa de ver, cuando de repente retrocedió á la vista de un objeto que le habia ocultado hasta entonces el tronco de una de las encinas.

Aquel objeto era un cuerpo humano.

Un cuerpo inanimado.

El de una mujer que yacia tendida sobre el césped, con el rostro apoyado en el suelo.

El buhonero, despues de haber vencido su primer movimiento de espanto, se aproximó á aquel cuerpo, que parecia un cadáver, y lo levantó en sus brazos.

Entonces vió un rostro jóven y encantador,

pero pálido, lleno de sangre y de polvo, cuya belleza se podía sin embargo adivinar, á pesar de aquella máscara fúnebre.

Un vestido blanco hecho girones cubria unos miembros infinitamente delicados.

Tenia los pies desnudos y ensangrentados.

Alrededor de sus cerrados ojos se extendia un círculo lívido.

Sus entreabiertos y azulados labios, dejaban ver dos líneas de dientes de una blancura deslumbradora.

El buhonero apoyó sus manos sobre el corazon de aquella pobre mujer.

Aquel corazon no latia.

Entonces sacó de uno de sus inmensos bolsillos un pequeño espejo, y lo aproximó á la boca de la infeliz.

Al cabo de un instante la superficie del espejo se empañó ligeramente.

—Bendito sea Dios! exclamó el buhonero: todavía vive!...

Y cogiendo en sus vigorosos brazos el cuerpo de aquella mujer, volvió á emprender su pesada marcha.

Durante cerca de una hora, caminó sin detenerse.

Al cabo de este tiempo pudo entrever encima de los árboles, una columna de humo azulado, que se elevaba para irse á perder en las capas transparentes de la atmósfera.

Bien pronto se oyó el ladrido de un perro

que acudió á recibir á su dueño con locas y e^{ra} trepitosas caricias.

Pero casi al mismo tiempo se alejó el inteligente animal, exhalando aullidos lastimeros, despues de haber olfateado el fardo que llevaba el buhonero.

Este último llegó, por fin, al umbral de una choza medio oculta entre el follaje.

Una mujer de bastante edad le esperaba cerca de la puerta.

—Buenos dias, madre! le gritó.

—Gracias á Dios que has llegado! respondió la anciana. Estaba impaciente por tu tardanza... Bien venido seas, hijo mio... Ven, ven pronto á abrazarme...

—Voy, madre mia, voy.

El buhonero hizo un movimiento.

La anciana dió un grito.

—Jesus, María!... Andrés, hijo mio, que traes ahí?

Y despues añadió sin esperar la respuesta de su hijo:

—Ah! santa Virgen Maria; es una mujer muerta!...

—No lo creo así.

—Cómo! esa jóven...

—Vive todavia.

—Quién es?

—No lo sé.

—Qué le ha sucedido?

—Lo ignoro.

—Dónde la has encontrado?

—Dios mio; ya os lo diré mas tarde, madre mia! pensemos ahora en socorrer á esta infeliz.

—Tienes razon.

—Voy á llevarla á vuestro lecho, y espero que no tardará en volver en sí.

—Llévala, hijo mio, y vuelve en seguida.

Andrés entró en la choza y depositó su pesada carga sobre la dura y estrecha cama de su madre.

—Ahora desnudadla y acostadla, dijo; yo voy á calentar un poco de vino con azúcar, y vos tratareis de hacerla tragar algunas cucharadas; esto le será provechoso.

—Ay, Dios mio! decia la madre de Andrés, al mismo tiempo que desnudaba á la joven; pobrecita!... tiene la cara de querubin y está pálida como la cera!... apenas tendrá diez y seis años!... su ropa toda está destrozada, y sus pobres pies cortados por los guijarros!...

—Tiene algunas heridas graves, madre mia? preguntó Andrés, que entraba en aquel momento.

—No, respondió la anciana acabando de lavar con agua fresca el rostro de la jóven: solo tiene una cortadura en la frente.

—Profunda?

—No muy profunda.

—Entonces no está mas que desmayada.

—Quien sabe!... creo que está efectivamente muerta.

—Muerta!

—Está fria como la nieve.

—Hacedla beber algunas gotas de vino caliente; esto tal vez la reanimará.

La buena mujer tomó una cuchara llena de vino que le presentaba Andrés, y no sin trabajo consiguió introducirla entre los apretados dientes de la jóven.

—Al cabo de un instante, un ligero estremecimiento agitó los miembros de esta última.

—Ah! exclamó Andrés.

—Ya vuelve en si, dijo la anciana.

—Dadla mas vino, añadió Andres; ya veis que el remedio es bueno.

La jóven hizo un movimiento.

Levanto la cabeza sin abrir los ojos, pero bien pronto esta cabeza cayó inerte, sobre la almohada.

Andrés y su madre estaban de pié á la cabecera de la cama, mirando á la jóven con un interés y una ansiedad fáciles de comprender.

La pobre jóven se levantó à medias y se apoyó sobre su codo.

Por la primera vez abrió los ojos y fijó sus atónicas miradas en todo cuanto la rodeaba.

En seguida se puso á cantar con una voz lenta y acompasada este horrible refran:

Bien va!

Bien va;

Bien va!

Pronto á los nobles los ahorcarán!

Y de repente sus ojos se reanimaron, se pasó las manos por la frente como para reunir y ordenar sus confusos recuerdos, dió un grito, se arrojó de espaldas con una horrible espresion de terror, y se desmayó de nuevo.

La madre del buhonero le hizo tragar la tercera cucharada de vino caliente.

El buen resultado de este sencillo remedio no tardó en manifestarse.

La jóven recobró el sentido.

Pronunció algunas incompresibles y entrecortadas palabras.

Su cabeza cayó de nuevo sobre la cabecera de la cama, y se durmió murmurando:

Bien va!

Bien va!

Bien va!

Pronto á los nobles los ahorcarán!

—La desgraciada está loca! exclamó tristemente Andrés.

El buhonero no se engañaba.

La pobre jóven estaba loca en efcto.

Bien va!

Bien va!

Bien va!

Pronto á los nobles los ahorcarán!



CAPITULO II.

Hé aquí lo que sucedía cerca de dos días antes de los hechos que acabamos de contar en el castillo de Monte-salvaje, situado á ocho ó diez leguas de la encrucijada de las Tres-Encinas.

Este castillo, que pertenecía á la noble familia de los marqueses de Monte-salvaje, dominaba la meseta de una pequeña colina.

Por una parte se extendía el patio de honor, con sus altas murallas y su reja blasonada.

Por la otra un parque inmenso cubría la vertiente de la colina, llegaba á la llanura y se unía al bosque señorial, del que solo estaba separado por un foso ancho y profundo.

En el piso bajo del castillo había un salón de elevado techo, perfecto tipo de esos inmensos salones, en los cuales se reunían en ciertos días de fiesta toda la nobleza de una provincia.

Las seis ventanas de este salon daban al parque.

Varios retratos de familia ennegrecidos por el tiempo, confundian sus sombríos colores con los de los pesonajes mitológicos pintados en las tapicerias.

El reloj del castillo hizo vibrar en el espacio seis lentas y acompasadas campanadas.

El sol iba á desaparecer detrás del bosque, cuya cima doraba con sus débiles rayos.

Dos mujeres poblaban únicamente la vasta soledad del salon. que acabamos de escribir.

Una de estas mujeres frisaría ya en los setenta años, y envuelta en los anchos pliegues de una bata, estaba sentada en un gran sillón cerca de una de las ventanas.

Tenia cruzadas las manos sobre las rodillas, y su mirada espresaba una dolorosa inquietud y una consoladora esperanza.

Su compañera permanecia de pié á su lado, con la mirada fija en el parque; era una hermosa niña que apenas contaria diez seis abri-les.

Nada se podia dar mas encantador que aquella cabeza virginal, rubia y blanca, con grandes ojos azules, tan puros y tan límpios como los ojos de un angel.

Un vestido blanco, ceñido á la cintura por una cinta azul celeste, dibujaba un talle redondo y flexible.

La primera de estas mujeres era la marquesa de Monte-salvaje,

La otra era su nieta Felicia.

Esta última hizo un ligero movimiento.

—Qué ves? preguntó vivamente la marquesa.

—Esperad; respondió Felicia recorriendo todo el parque con su mirada profunda y escrutadora.

—Y bien?

—Nada todavía, mamá, no veo nada, respondió tristemente la jóven.

La marquesa, con un gesto de nerviosa impaciencia, aproximó á sus labios un pequeño silbato de plata que sacó de su seno, y le hizo producir un sonido agudo y prolongado.

Aun no habia trascurrido un segundo, cuando apareció solícito un criado en el umbral de la puerta.

—Ha vuelto Guillermo? le preguntó la anciana.

—No, señora marquesa.

—Así que llegue le hareis entrar.

—Sí, señora marquesa.

—Sobre todo que no pierda un instante.

—No, señora marquesa.

—Iros.

El criado se inclinó y salió.

Las dos mujeres se quedaron solas y silenciosas.

La anciana, siempre sentada y con las manos cruzadas sobre las rodillas.

Felicia, siempre inmóvil y con la mirada perdida en el espacio.

De repente la jóven dió un grito.

La marquesa se estremeció.

— Es él? preguntó

— Sí, mamá, él es. Mirad...

En efecto, en el extremo de una de las alamedas del parque, se veía un hombre vestido sencillamente, que salía del bosque llevando un fusil sobre el hombro.

— Ya está aquí! ya está aquí! repitió por dos veces la marquesa.

Y no pudiendo dominar su emoción, apoyó sus dos manos sobre los brazos de su sillón, y se levantó con dificultad.

La impaciencia de las dos mujeres duró cerca de un cuarto de hora, que era precisamente la distancia que había entre la extremidad del parque y castillo.

Pero trascurrido este tiempo, un golpe dado discretamente en la puerta del salón anunció á un recién llegado.

— Entrad: dijo vivamente la marquesa.

La puerta se abrió.

Un hombre apareció en el umbral.

Era el mismo cuya llegada había señalado Felicia pocos momentos antes.

No llevaba ya el fusil.

Sus maneras eran torpes, su apariencia grosera y casi embrutecida; y sin embargo, á pesar de todo, á pesar de sus cabellos rojos, crespos y largos, cuyas grenchas rígidas y desgredadas le cubrían la frente y las mejillas, un observador habil, hubiera podido leer en su rostro, y sobre todo en sus pequeños ojos vivos

y penetrantes, una notable espresion de fuerza, de destreza, de resolucion.

Adelantó algunos pasos con aire siniestro, dando vueltas entre sus manos á su raído sombrero.

La marquesa fijó en él una mirada interrogadora.

—Qué hay, Guillermo? le preguntó.

El recien llegado no contestó.

—Y bien, ¿qué hay? repitió la marquesa.

Guillermo meneó tristemente la cabeza.

—Nada, señora marquesa... articuló lentamente, nada... siempre nada!...

—Náda, murmuró la joven.

—Nada! repitió la anciana, dejándose caer en su sillón.

—Y dicen que los azules se aproximan, añadió Guillermo con voz sombría.

—Eso dicen?... exclamó la marquesa.

—Sí señora, eso dicen.

—Bah!... qué importa?... replicó la marquesa. Aun cuando los azules se aproximen... aun cuando vengan aquí... qué tenemos que temer de ellos, y qué mal pueden hacernos? una anciana y una niña, son sagradas para todos los partidos.

Guillermo meneó la cabeza con aire significativo.

Sin duda no tenía en la lealtad del partido republicano, una confianza tan completa como la que manifestaba la marquesa.

Esta última prosiguió sin haber notado el gesto de desconfianza de Guillermo.

—Por otra parte, ya verán que no queremos, que no podemos defendernos... Pero y mi hijo?... mi hijo que debía haber llegado ya hace cuatro dias... Qué puede retenerle?... por qué no está ya aquí?... qué nueva desgracia nos amenaza?

—Esperemos que la Virgen y todos los santos del paraiso, protegerán al señor marqués.

—Qué vais á hacer ahora, Guillermo?

—Voy á volver á la choza del bosque del Estanque, y si el señor marqués llegara esta noche, vendria inmediatamente al castillo á prevenir á la señora marquesa.

—Id, Guillermo, y que Dios os recompense vuestra fidelidad y vuestra adhesion.

Y al pronunciar estas palabras, la marquesa tendió su mano al bretón.

Este apoyó su rodilla en tierra, cogió aquella mano y la llevó respetuosamente á sus labios.

Después se levantó y abandonó el salón.



...y a su madre y a su hijo para llevarlos también.

Pero en lugar de cometer la imprudencia de ir al castillo, debía detenerse en una gruta situada en medio de los bosques, donde había el fiel Guillermo, que era el instante

CAPITULO III.

Todo estaba bien convenido. Y sin embargo, tres días habían transcurrido

Hé aquí cuál era la causa de la preocupación de las dos mujeres.

El marqués Héctor de Monte-salvaje, hijo único de la marquesa y padre de Felicia, no creyó en la inminencia del peligro que la amenazaba, hasta que estalló el uracan revolucionario y se manifestaron los primeros tumultos de aquellos tiempos calamitosos.

Pero un día supo que su nombre había sido pronunciado con el acompañamiento fatal del epíteto de sospechoso.

En aquellos tiempos nefastos, semejante epíteto equivalía á una sentencia de muerte.

El marqués se alarmó y resolvió emigrar á Inglaterra con su madre, su mujer y su hija.

Un capitán de navio, íntimo amigo suyo, consintió en tomarle a bordo y partió para Vanes con su mujer, completamente disfrazado.

Pero terminado este primer viaje, que se llevó á cabo sin obstáculo ninguno, tenía que

volver à buscar á su madre y á su hija para llevárselas tambien.

Pero en lugar de cometer la imprudencia de ir al castillo, debia detenerse en una cabaña situada en medio de los bosques, donde hallaria al fiel Guillermo, que iria al instante mismo à prevenir y à llevarse consigo á la marquesa y á Felicia.

Todo estaba bien convenido.

Y sin embargo, tres dias habian trascurrido desde la época fijada para la vuelta del marqués, y ni siquiera habian tenido noticias suyas.

Ahora se comprenderà fácilmente la terrible ansiedad de las dos pobres mujeres, que esperaban inútilmente, la una á su padre, la otra á su hijo.

[CAPITULO IV.]

La velada trascurrió con una lentitud desesperadora.

La cena fué sumamente triste.

Un raudal de lágrimas corria de los ojos de la marquesa, y velaba las dulces miradas de Felicia.

Un silencio sepulcral reinaba entre la abuela y la nieta.

Las dos esperaban.

Las dos escuchaban con atencion.

Las dos se estremecían al menor ruido.

Por fin, dieron las diez.

Felicia se levantó.

Se aproximó á la marquesa, y presentó su inmaculada frente á los trémulos labios de su abuela.

—Buenas noches, hija mía, le dijo esta: vete á descansar, que bien lo necesitas; pero antes roguemos... roguemos juntas... roguemos á Dios por tu pobre padre,

Felicia se arrodilló

—Dios Todopoderoso! murmuró. Tú, á quien obedecen los cielos y la tierra, salva á mi padre; haz que llegue pronto á nuestro lado, y juntas te bendeciremos!

—Señor, Dios mío, prosiguió la marquesa, cúmplase tu divina voluntad; pero si ha de sucederle alguna desgracia á mi pobre Héctor, permíteme que te diga como tu divino Hijo: Señor!... Señor! aparta de nosotras este caliz de amargura.

—Amén, murmuró Felicia.

Despues se levantó, abrazó de nuevo á su abuela; cogió una luz, y ya iba á marcharse del salon, cuando de repente se oyeron los pasos rápidos de un hombre, se abrió la puerta y apareció Guillermo pálido y jadeante.

—¡Ya están aquí! ¡ya están aquí! exclamó con espanto.

—¿Quién? ¿Quién? preguntó la marquesa.

—Los azules.

—¡Los azules!

—Están á diez minutos del castillo y viene con ellos un subdelegado de la república.

¡Ah! ¡Dios mío!

—Si V. S. me lo permite, prosiguió Guillermo, aun podemos defendernos. Puesto que somos cuatro hombres aquí, y tenemos fusiles pólvora y balas, cerraremos las puertas, nos parapetaremos, y para entrar en el castillo tendrán que pasar por encima de nuestros cadáveres.

—No hagais semejante disparate, Guillermo respondió vivamente la marquesa; eso seria agravar nuestra crítica situacion. Al contrario, abrid todas las puertas y dejad entrar á los soldados. Nosotros no tenemos nada que temer, ni nada que ocultar, porque esos hombres no tienen nada que reprocharnos.

Las fruncidas cejas de Guillermo espresaban un violento combate interior.

Dudaba entre sus intenciones belicosas y las órdenes pacíficas de la marquesa.

Resistir le parecia un deber.

Ceder le parecia una infamia.

Sin embargo, sus costumbres de pasiva obediencia pudieron mas en él.

Dobló la cabeza y esperó con resignacion.

Un instante despues, invadian el castillo un representante del pueblo y sesenta soldados de la república.

Este representante era un hombrecillo de fisonomia ambigua, de mirada aviesa, de aspecto repugnante.

La banda tricolor, insignia de sus funciones de representante, se anudaba alrededor de su vestido negro, grasiento y raído.

Ordenó al oficial que le acompañaba que designara una parte de su tropa para que hiciera las mas minuciosas pesquisas en el castillo y guardara todas las salidas, y entró en el salon con el reto de los soldados.

En seguida se apoyó resueltamente en la

chimenea, y exclamó dirigiéndose á la marquesa con grosera imprudencia.

--Buenas noches, ciudadana.

La anciana le miró desdeñosamente y no contestó.

—Qué; no me has comprendido? prosiguió el representante un poco desconcertado.

—No estoy acostumbrada, caballero, respondió orgullosamente la marquesa, ni á que me tuteen, ni á que me hable nadie con el sombrero puesto.

—Bah; bah! exclamó aquel odioso personaje, sonriéndose burlonamente; eso estaba muy bien antes; pero ahora...

—Ahora como entonces, interrumpió la marquesa con altivez; ahora como entonces soy una señora, caballero.

El representante del pueblo, subyugado á su pesar por este lenguaje tan noble y tan digno, se quitó el sombrero y adoptó una actitud mas respetuosa.

Voy á proceder á vuestro interrogatorio, exclamó dirigiéndose á la abuela de Felicia.

—Ante todo, de qué crimen se nos causa?

—Pardiez! de ser *sospechosos*.

—Sospechosos de qué?

—Sospechosos de conspirar contra la tranquilidad del pais y la seguridad de la república.

—De veras? dijo con ironía la marquesa: dos mujeres que tienen la una sesenta años y la

otra diez y seis, son dos terribles conspiradores...

— No estais solas en el castillo.

— Absolutamente solas.

— Teneis un hijo... un aristócrata... un marqués.

— Está ausente,

— Ah!... En el extranjero sin duda?

— Sí, en Inglaterra.

— A donde habrá llevado su oro á fin de arruinar á su país, como todo mal patriota.

— A donde se ha llevado á su esposa, á quien horroriza la guerra civil.

— Y sin duda vos y vuestra nieta, pensareis reuniros con él...

— Y aun cuando así fuera, caballero, temeis acaso que desde Inglaterra derribemos á la república?

— La república está establecida sobre inalterables bases... y no teme á nadie.

— Entonces, por qué se ocupa de nosotras?

El representante del pueblo no quiso responder á la pregunta de la marquesa, y prosiguió su interrogatorio.

— Teneis armas ocultas? preguntó.

— No.

— Es cierto?

— Yo nunca repito dos veces la misma cosa, jamás he mentido. Si no me creéis, registrad el castillo.

— Eso es lo que estamos haciendo en este momento.

— Voy á mandar que os entreguen todas las llaves, para que no os tomeis la molestia de romper las puertas.

El interrogatorio duró todavía algunos instantes; el representante concluyó por decir á la marquesa de Monte salvaje, que, lo mismo ella que su nieta, podian retirarse á su cuarto, y que si nada de nuevo ocurría durante la noche, al dia siguiente por la mañana dejaría el castillo con todos sus soldados.

La marquesa prefirió quedarse en el salón.

Felicia se retiró y se encerró en su cuarto.

Sin embargo, en el castillo no se oian mas que horribles clamores y canciones ruidosas.

Al mismo tiempo que los soldados, entre los cuales se habian mezclado, llegaron de Nantes algunos de esos miserables, escoria de las ciudades, que siempre van á donde les llama la esperanza de la devastación.

Estos miserables se habian apoderado de todas las bodegas, y se habian embriagado lastimosamente.

Los soldados republicanos habian imitado poco á poco este contagioso ejemplo, á pesar de las órdenes de sus jefes, y la embriaguez se habia hecho general.

De repente se oyó una espantosa detonación, y se desplomó una de las alas del castillo, sepultando á más de veinte hombres bajo sus escombros.



CAPITULO V.

A la espantosa detonación de que hemos hablado, sucedieron clamores salvajes, vociferaciones de rabia y de venganza, á las cuales se mezclaban el estertor de lo moribundos y los lastimeros gritos de los heridos.

Casi en el mismo instante una cuadrilla de soldados y de bandidos, se precipitaron en el salon, y se arrojaron sobre la marquesa, que se desmayó de espanto.

—Muera!... muera!... gritaban aquellos miserables.

—Venganza!... venganza!

—Nos han vendido... sangre por sangre.

—Eran dos, dijo una voz.

—Aquí hay una.

—Dónde está la otra?

—Busquemos á la otra.

—Si, si, busquemos á la jóven, pero no perdonemas á la vieja.

—Y en seguida à la hoguera con las dos.

—Muerto el perro, muerta la rabia.

Y los azules se dispersaron otra vez por el castillo.

Ahora... hé aquí la causa de su repentino, de su inesplicable furor.

Ya hemos dicho que varios soldados, escoltados por alguna gente perdida de Nantes, se habian apoderado de las llaves de la bodega.

Estos bandidos, despues de haber vaciado los toneles, despues de haber desfondado las barricas y roto las botellas, hidròpicos de vino y de licores, habian encontrado por fin en una hondona, una puertecilla bajo y estrecha.

Este descubrimiento fué saludado con un grito general de alegria.

—Ahí está escondido el vino mejor, gritaron todos à porfía.

—El vino de los aritócratas!

—Si, ese vino que hacen con el *sudor del pueblo*, y que los malditos nobles guardan para sus *festines!*...

Y la puerta voló con estrépito, hecha astillas, à los reiterados golpes de las culatas de los fusiles.

Despues aquella desenfrenada turba penetró en una pequeña cueva.

Esta cueva estaba vacia.

A lo menos no contenia mas que un barril, que se veia en un rincon, sostenido por dos soportes.

—Eso no es vino, dijo un soldado, eso debe ser oro.

—Oro! oro!... repítieron varias veces.

Y un sordo estremecimiento se apoderó de todos aquellos hombres.

—Que se reparta! que se reparta! gritó uno de los bandidos.

Y de un solo golpe de su hacha desunió las duelas del barril, á cuyo lado acababan de dejar una luz.

El barril estaba lleno de pólvora.

Ya sabemos lo demás.

La embriaguez y la cólera aconsejan siempre, mal.

Los azules creyeron que habían tendido á sus compañeros un lazo infernal y juraron vengarlos.

Bien pronto Felicia, asustada y temblorosa, cayó en medio de los clamores furibundos, el ruido de las culatas de los fusiles que golpeaban violentamente su puerta, cuyos cerrojos había tenido la precaución de correr momentos antes.

Varias voces llegaron á sus oídos, que gritaban con encono:

—Muera!... muera!...

Y al mismo tiempo oyó con espanto otras que cantaban el siguiente sanguinario refrán:

Bien va!

Bien va!

Bien va!

Pronto á los nobles los ahorcarán!

Entonces pensó en ocultarse detrás de las cortinas de su lecho; pero los golpes se sucedían mas precipitados, más atronadores que nunca. La puerta ya cedía y se llenaba de grietas; un segundo más y el asilo vírginal de Felicia iba á ser violado. Pero aconsejada la joven por su terror, abrió precipitadamente la ventana, y desde la altura del primer piso se arrojó al jardín.

Felizmente cayó sobre la humedecida tierra del mismo. Durante un instante permaneció tendida en el suelo, aturdida y desmazelada; pero bien pronto pudo levantarse, y echando á correr desapareció entre los matorrales.

Entonces quiso huir y buscar un asilo lejos, muy lejos, en el corazón de los bosques.

Pero la detuvo un terrible pensamiento.

Qué iba á ser de su abuela?

Por entre las ventanas del castillo se veía el resplandor siniestro de las antorchas.

Felicia, impulsada por una especie de instinto, dió la vuelta al edificio, para ver lo que sucedía en el patio de honor.

Un horrible espectáculo se presentó á su vista.

Algunos bandidos cubiertos de harapos, arrastraban sobre los guijarros el inanimado cuerpo de una mujer.

Felicia no pudo distinguir las facciones de aquella infeliz.

Cuando llegaron á la reja, uno de aquellos hombres se separó del grupo principal.

Subió con una destreza de gato montés has-

ta el coronamiento de la reja, y alrededor del blasonado escudo de los marqueses de Montsalvaje, ató el extremo de una cuerda.

Esta cuerda colgaba hasta cerca de seis pies del suelo, y terminaba con un nudo corredizo.

Un «hurra» de infernal alegría, celebró al punto la bienvenida de aquella horca improvisada.

Después, tres hombres levantaron el cuerpo que habían arrastrado hasta allí, y pasaron el nudo corredizo al rededor del cuello de la víctima.

En seguida dejaron á aquella mujer, que no era ya mas que un cadáver, y que, siguiendo el último impulso que acaba de recibir, se balanceó lentamente dando vueltas al extremo de la cuerda.

Llegó un momento en que el desfigurado rostro de la víctima se halló frente á Felicia.

La jóven reconoció á su abuela.

Dió un grito horrible, un grito que nada tenia de humano, y loca de terror y de desesperacion huyó al otro lado del parque.

Los soldados, alarmados por este grito, empezaron como demonios su persecucion.

El vestido blanco de la pobre niña les guiaba en medio de las tinieblas.

Diez tiros dispararon contra ella.

Por una casualidad inaudita, ninguno le alcanzó.

Felicia llevaba bastante ventaja, y el miedo la daba alas.

La infeliz no tardó en alejarse de los soldados que perdiendo su huella y cansados de aquella inútil persecucion, tomaron el partido de reunirse con sus compañeros.

Pero aun no habian concluido su obra de desbastacion y de infamia.

Los miserables comenzaron á bailar alrededor del cadáver de la marquesa, una horrible farandula,

Despues, para coronar dignamente su obra, prendieron fuego al castillo antes de abandonarlo.



CAPITULO VI.

Eran las cuatro de la mañana.

Acaba de desaparecer en lontananza el último uniforme de los soldados republicanos, y solo se oía por intervalos el eco casi indistinto de los refranes sanguinarios que vociferaban al alejarse.

Un hombre pálido y enflaquecido, rotos los vestidos y enmarañados los cabellos, salió repentinamente del bosque que lindaba con el parque, y se detuvo, con la frente contraída y los brazos cruzados sobre el pecho, frente á las humeantes ruinas del castillo, todavía devorado por el incendio.

Aquello era horrible y hermoso al mismo tiempo.

A cada instante una columna de humo negra y espesa se elevaba de los escombros y se estendia lentamente sobre el parque y sobre el bosque.

Y despues rasgaba las nubes una manga de

fuego, iluminaba el espacio con sus brillantes resplandores, y estallaba de repente, esparciendo por el cielo sus innumerables y caprichosos cohetes.

El hombre de que ya hemos hablado se puso en marcha y adelantó hasta el castillo.

En su paso irregular, lento y tembloroso, parecía un sonámbulo durante el curso de su sueño magnético.

Pero tenía abiertos los ojos, y gruesas y amargas lágrimas corrían lentamente por sus mejillas y rodaban sobre su pecho.

Poco á poco recorrió todo el intervalo que le separaba del castillo y llegó al patio de honor.

Al ver el cadáver ahorcado en la reja, un estremecimiento convulsivo recorrió todos sus miembros.

Así llegó hasta la infeliz víctima, delante de la cual se arrodilló piadosamente.

Cuando se levantó, sacó de su cintura un puñal y cortó la cuerda.

La anciana cayó en sus brazos.

Tres veces seguidas apoyó sus labios sobre la frente de la marquesa, y cargado con aquel triste fardo, se internó en el bosque, sin duda para sepultarlo.

Al cabo de una hora volvió.

Parecía más pálido todavía y más enflaquecido que la primera vez.

Entonces comenzó un minucioso exámen por entre los escombros y las humeantes ruinas

del castillo; el objeto de este exámen debía ser terrible, porque el sudor de la agonía cubría la frente de aquel hombre.

Este dolor era por cierto bien legítimo, porque aquel desgraciado, después de haber devuelto á la tierra el cadáver de su madre, esperaba encontrar bajo sus piés, los restos sangrientos de su pobre hija.

Este desconocido era el marqués Héctor de Monte-salvaje.

El marqués no encontró á Guillermo cuando aquella noche llegó á la choza del bosque del Estanque.

Inquieto por la ausencia de su fiel servidor, se habia resignado á esperarle, por no comprometer á su familia con alguna imprudencia.

Pero las horas trascurrían sin que Guillermo pareciera.

La inquietud del marqués crecía por momentos.

De repente vió que el cielo se teñía en el horizonte, de un color de púrpura.

Aquella nube sangrienta anunciaba un violento incendio y aquel incendio, provenia del castillo de Monte-salvaje.

del castillo; el objeto de este examen debía ser
terrible por el dolor de la muerte.

Este dolor era por cierto bien legítimo, por-
que aquel desgraciado, después de haber de-
vuelto a la tierra el cadáver de su madre, espe-
raba encontrar bajo sus pies, los restos san-
grrientos de su pobre hija.
Este desconocido era el marqués Héctor de
Monte-salvaje.

CAPITULO VII.

El marqués no encontró a Guillermo cuando
de aquella noche llegó a la celda del bosque
del castillo.

Ya era tiempo de que alcancemos á Felicia
en su precipitada fuga.

La jóven, despues de haber escapado mila-
grosamente de la persecucion de los soldados,
ganó el bosque, y corrió cuanto pudo toda la
noche.

Al amanecer se detuvo, muerta de fatiga y
de necesidad.

Durante todo el dia durmió sobre el musgo,
dentro de un soto. Cuando se hizo de noche
emprendió de nuevo su carrera sin fin.

Esta carrera duró mucho tiempo todavía.

La pobre niña llegó por fin á la encrucijada
de la Cruz de piedra.

Allí la abandonaron sus fuerzas.

De repente le pareció que sus ojos se vela-
ban, y que el cielo se oscurecia.

Estendió las manos para sostenerse.

Pero como no encontró ningun punto de

apoyo, cayó desplomada sobre el suelo.

En su caída tropezó su freyte en el angulo del pedestal de la cruz y se hizo una profunda cortadura.

El sentimiento del dolor la reanimó por un momento.

Consiguió levantarse y dió dos tres pasos.

Pero sus fuerzas la vendieron de nuevo.

Entonces cayó sin conocimiento, y permaneció desmayada hasta que fué encontrada y recogida por Andres el buhonero.



CAPITULO VIII.

Siete años habian trascurrido desde los sucesos que acabamos de contar á nuestros lectores.

Hé aquí lo que habia sucedido durante este largo intervalo...

Felicia no habia recobrado la razon; no se acordaba de nada y ayudaba maquinalmente á su madre adoptiva en todos los trabajos de la casa.

Andrés no habia dejado su oficio de buhonero.

Desde que Felicia habia sido recogida por él, sus ausencias eran mas cortas y no dejaba pasar ni una semana, sin ir á consagrar un dia cuando menos á su madre y á Felicia.

Se habia enamorado apasionadamente de la jóven.

Su amor era reflexivo y profundo, y á la vez tranquilo y triste.

Triste, por que era un amor sin esperanza.

En efecto, como hacerse adorar de aquella jóven, en la cual no se podia pasar por la inteligencia para llegar al corazon?

Como hacerse comprender de aquella pobre y dolorida alma, para quien el lenguaje del amor era desconocido, puesto que no le producía ninguna sensacion, ni le hacia vibrar ninguna de las fibras de su alma?...

Por mas que hizo Andrés, no pudo conseguir su objeto.

Varias veces se habia llevado á Felicia á la entrada del bosque, durante las hermosas noches del estío.

Allí todo hablaba de amor.

Los pájaros gorjeaban amorosamente desde los árboles.

Los insectos hacian resonar bajo la yerba su pequeño grito de amor.

La naturaleza entera, parecia cantar con todas sus preciosas armonías un himno voluptuoso.

Andrés cogia la mano de Felicia, y la hacia sentar á su lado sobre el césped.

Entonces fijaba en ella su límpida mirada, para comunicarle el fuego que le devoraba.

Pero los grandes ojos de Felicia permanecian frios y mudos.

Solo espresaban un asombro desconsolador.

En vano el nuevo Pigmalion quiso animar su estatua.

Galatea siempre era la misma.

El fuego divino del amor nunca llegaba á su corazon, helado por la locura.

—Te amo!... te amo!... murmuraba en voz baja Andrés al oido de la jóven.

Felicia le miraba fijamente, pero no le comprendía.

Y en lugar de contestarle, empezaba á cantar á media voz aquel repugnante refran, que habia llegado á sus oidos para hacerla perder la razon, en el momento mas terrible de su vida.

Andrés hacia ya tiempo que acariciaba la idea del suicidio, aconsejado por su desesperacion.

Y á pesar de todo, el pobre jóven no se sublevaba contra su inútil amor.

Al contrario; todos los dias redoblaba para con Felicia todos sus cuidados, todos sus obsequios, todas sus atenciones.

Pero, ay! ni aun conseguia despertar en la pobre loca el sentimiento tan frio y vulgar del reconocimiento.

Andrés sufría mucho.

Y sin embargo, un sufrimiento mas cruel todavía le estaba reservado.

CAPITULO IX.

Cierto domingo se fué á Nantes la madre del buhonero, llevándose consigo á la jóven.

Las dos entraron en la Catedral.

Eran las ocho de la mañana.

La capilla de la Vírgen estaba llena de gente, y un sacerdote subía en aquel momento al altar, para celebrar el santo sacrificio de la misa.

La anciana se arrodilló devotamente.

Felicia, que imitaba por instinto todos sus movimientos, se arrodilló á su lado.

Muy cerca de ella se hallaba una mujer que pertenecía á la mas elevada clase de la sociedad.

Aquella mujer era jóven todavía, y su rostro hubiera sido hermoso, si la fatiga, el sufrimiento y sobre todo las lágrimas, no hubieran empañado sus facciones regulares y espresivas.

Felicia miró á aquella mujer, y se estremeció repentinamente.

Después se pasó las manos por la frente como para coordinar sus recuerdos, se levantó de un salto, prorrumpió en amargos sollozos, y empezó á gritar desde el fondo de su corazón:

—Madre mia!... madre mia de mi alma!...

Entonces, aquella mujer palideció como por encanto.

Contempló con avidez las hermosas facciones de aquella jóven, que acababa de dar el conmovedor grito de...

—Madre mia de mi alma...


Y á su vez le abrió los brazos, murmurando:

—Hija de mi corazón!...

Una violenta emoción le había quitado la razón á Felicia.

Una violenta emoción acababa de devolvérsela.

Habia encontrado á su madre!...



CAPITULO X.

Ya hemos dicho que aun tenia que sufrir el pobre Andrés el mas horrible de los dolores.

Pues bien.

Los siete años que Felicia habia pasado en su choza, no le habian dejado siquiera ni el menor recuerdo en su imaginacion.

Ella habia olvidado como se olvida un sueño cuando despertamos.

Felicia vió varias veces al buhonero, pero no se acordó de haberle visto nunca.

Este inocente olvido destrozó el corazon de Andrés.

La marquesa le ofreció una brillante recompensa.

Le ofreció la mitad de la fortuna de Felicia. Andrés lo rehusó todo.

Ocultó su desgraciado amor en el fondo de su alma, y contestó con amargura:

—Para qué necesito yo ninguna recom-

pensa?... Yo solo he cumplido con mi deber!...
Cualquiera en mi lugar hubiera hecho otro
tanto.

CAPÍTULO X

La hermosa diada que era tanta que sufrir el
pobre Andrés el más horrible de los dolores.
Fues bien...
Los siete años que Felicia había pasado en
su celda, no le habían dejado aprender ni el
menor recuerdo en su imaginación.
Los hábitos olvidados como se olvida un sueño
cuando despertamos.
Felicia vio varias veces al pidiere, pero
no se acordó de haberlo visto nunca.
Este inocente olvidó el corazón de
Andrés.
La mariposa se ofreció una brillante recor-
pense.
La ofreció la mitad de la fortuna de Felicia.
Andrés lo repuso todo.
Ocultó su desgracia amor en el fondo de
su alma y contestó con arrogancia:
— Para que me necesito yo ninguna recor-



CAPITULO XI.

Andrés perdió á su madre al año siguiente.
Dejó su oficio, sentó plaza de soldado y se hizo matar en las guerras del imperio.

FIN.